



# Un hombre al margen

Alexandre Postel

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia



coleccionotraslatitudes

Nórdicalibros

# UN HOMBRE AL MARGEN

*Alexandre Postel*

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia



Título original: *Un homme effacé*

© Editions Gallimard 2013

© de la traducción: María Teresa Gallego Urrutia

Edición en ebook: enero de 2014

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B 28044 Madrid (España)

[www.nordicalibros.com](http://www.nordicalibros.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-15717-86-7

Diseño de colección: Filo Estudio

Corrección ortotipográfica: Ana Patrón y Susana Rodríguez

Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*No hace tanto bien la verdad en el mundo  
cuanto daño hacen sus apariencias.*

LA ROCHEFOUCAULD

# Contenido

Portadilla  
Créditos  
Dedicatoria  
Autor

## PRIMERA PARTE

1  
2  
3  
4

## SEGUNDA PARTE

5  
6  
7  
8  
9  
10

## EPÍLOGO

Contraportada



# Alexandre Postel

(Colombes, 1982)

---

Ha sido alumno de la École Normale Supérieure de Lyon y se ha educado en dos culturas: la francesa por parte paterna y la inglesa por parte de su madre. Actualmente es profesor de Literatura en la universidad de París.

*Un homme effacé* es su primera obra y con ella ha ganado el prestigioso premio Goncourt 2013 a la mejor primera novela por «el estilo glacial, impregnado de un

humor distante, que evita toda compasión y sentimentalismo, reflejando muy eficazmente la soledad espantosa del personaje».

Esta novela ha recibido también el premio Landerneau 2013.

# PRIMERA PARTE

Los días atroces

Pocas horas antes de que se le vinieran encima a su vida el espanto y la vergüenza, Damien North estaba llamando por teléfono a los servicios informáticos de la facultad, que era una situación en la que nunca se sentía a gusto. Ese apuro no procedía ni de las relaciones con tal o cual informático ni del desdén del que hacía profesión la mayoría de sus colegas en lo referido a la informática, sino de una impresión perturbadora: la impresión de hallarse cara a cara con los emisarios de una entidad inmaterial y omnipotente, en otras palabras, de unos ángeles de una variedad nueva, ni radiantes ni revoloteadores, sino, por el contrario, metidos, huraños y vestidos de negro de arriba abajo, en la madriguera de unos sótanos que olían a pizza fría y a cerrado, los ángeles de un Dios de fracaso y rechazo.

Como su incompetencia lo abocaba, por lo demás, a recurrir más que los otros a los servicios informáticos, North había adquirido, de propina, la certidumbre de que esos ángeles equívocos lo conocían a él un poco más, lo tenían localizado y lo señalaban con el dedo hasta tal punto que se había convertido en uno de esos parroquianos cuya última metedura de pata se cuenta entre risas, un importuno a quien se escucha con la sonrisa en los labios y guiñando un ojo para avisar a los colegas. Ninguna prueba abonaba esa intuición, pero North tenía tendencia a ver las cosas de esa manera porque era tímido y, por lo tanto, susceptible: imaginarse que con sus llamadas se relamían los servicios informáticos en pleno le resultaba mortificante. De ahí aquella incomodidad suya cuando se

decidió por fin, a eso de las diez de la mañana, a agarrar el teléfono.

Se había dado cuenta del problema nada más despertarse. Con la esperanza de que las cosas se arreglaran solas, demoró cuanto pudo la llamada telefónica y se engolfó en la lectura de una recopilación de artículos sobre *Descartes y la Óptica*. Pero ahora había llegado el momento de irse al campus y todo estaba igual. Sentado en una esquina del salón y con el portátil en las rodillas, North marcó el número de los servicios.

Sonaron varios timbrazos. North estaba seguro de que lo hacían aposta para disuadir a los graciosillos. ¿Para disuadirlo a *él*? Giró la cabeza hacia el ventanal. El jardín salía de la oscuridad. La escarcha que teñía de blanco el césped en las primeras horas del día había desaparecido. La luz de febrero, deslumbrante y pálida, daba en la tapia. Al fondo, las ramas peladas de la morera platanifolia se recortaban con nitidez erizada contra el cielo azul. Dentro de poco habría que podarlas.

—¿Sí?

Los ángeles no se andan con ceremonias.

—Buenos días. ¿Hablo con los servicios informáticos?

—¿En qué puedo servirle?

Una voz distante que no encajaba con las palabras que pronunciaba, la voz de un hombre que está haciendo otra cosa. North percibía, en segundo plano, un tecleo incesante. Dijo las pocas palabras que tenía preparadas.

—Llamo porque tengo un problemilla. Mi ordenador está conectado con la red de la facultad y... no consigo entrar. Cuando escribo la contraseña, sale una pantalla que me dice: acceso denegado.

—¿Acceso denegado?

Se había interrumpido el tecleo. North, envalentonado, se arriesgó a emitir una hipótesis:

—Me preguntaba si por casualidad no estarían ustedes realizando alguna operación de mantenimiento.

El ángel contestó con otra pregunta:

—¿Ha probado a reiniciar la memoria BIOS?

—Disculpe... ¿Cómo ha dicho?

Un suspiro.

—¿Sabe activar la secuencia *boot* de la memoria BIOS?

—Recuérdeme cómo se hace...

Con el auricular del teléfono encajado entre el hombro y la oreja, fue siguiendo las instrucciones del ángel hasta llegar al punto en que, tras llevar a cabo la maniobra, sólo quedaba ya esperar a que el sistema volviera a arrancar. Sería cosa de un minutito de nada, afirmaba el ángel: un rato demasiado breve para justificar una interrupción de la comunicación («lo vuelvo a llamar cuando ya esté») y demasiado largo para que el silencio no se hiciera violento. Al otro lado del hilo, se había reanudado el tecleo, con intermitencias. A North le pareció oír también a alguien tragar varias veces. El ángel debía de estar tomándose el café de por las mañanas, un café con leche, suponía North, aderezado con canela o caramelo, de esos que te sirven en recipientes del grosor del duodeno. El ángel tenía la voz de alguien a quien le gustan esas cosas: una voz insulsa y untuosa.

Por fin pudo North escribir la contraseña.

—Seguimos lo mismo. *Acceso denegado*.

—Voy a hacer una comprobación en nuestro sistema. Pasa a veces eso de que se pierdan los parámetros. ¿Me dice su nombre?

North dio sus datos y miró el reloj. Las diez y doce. Si el asunto no quedaba zanjado a la mayor brevedad, iba a llegar tarde a la tutoría; como todas las personas de costumbres, no soportaba la idea de llegar tarde. El respaldo del sillón le daba calor. Tenía la espalda sudada.

Dejó el ordenador en el suelo y se puso de pie; con demasiada prisa: ya no le pesaba la cabeza; le hormigueaba ante los ojos una bandada de puntitos amarillos y negros; se tambaleó. Cuando se le pasó el vértigo, recorrió con la vista, como si quisiera asegurarse de que todo estaba en orden, las paredes forradas de libros, el último cuadro de Sylvia, la alfombra de tonos desvaídos, la mesa baja encima de la que se amontonaban exámenes y facturas; por último, miró fijamente las fotos colocadas sobre un velador de caoba. Había cuatro, todas ellas con un marco de madera clara. La de la izquierda atraía la mirada por la mancha, en segundo plano, del azul sobrenatural de una piscina. En primer plano, de pie en el borde, con el pelo húmedo echado hacia atrás, una niña en traje de baño sonreía de oreja a oreja. A North le pasó por los ojos una mirada cálida. Lo que le gustaba de aquella foto de su sobrina eran los brazos caídos a ambos lados del cuerpo. Una niña más coqueta se habría puesto en jarras o habría abierto los brazos como una gimnasta subida a la barra. Pero Muriel no sabía qué hacer con los brazos y esa postura desmañada le inspiraba a North, por el desvalido desconcierto que ocultaba, según le parecía a él (el recuerdo de su propia infancia no era ajeno a esa suposición), una tierna simpatía. Por comparación, de las personas representadas en las otras tres fotos rezumaba cierta rigidez. Sylvia, con la sonrisa algo crispada, como siempre que estaba ante un objetivo. Sus padres el día de su boda en la escalera de la fachada de la alcaldía: el hijo de familia de pelo ondulado y la joven acomodadora con la que se casa porque no queda más remedio, pero mirando ya de reojo a las damas de honor. Su abuelo, Axel, luciendo, muy tieso, un uniforme recargado de condecoraciones. «El héroe de la familia», anunciaba Damien, sin ir más allá de la impertinencia precisa para evitar el ridículo, cuando algún invitado se acercaba al velador de caoba. De entre los incontables retratos de Axel North, había escogido, para ornato de su

hogar, el que aparecía en la mayoría de los libros de texto de historia. Tenía observado que no había nada que les gustase más a los visitantes que reconocerlo. Asentían con la cabeza, satisfechos, con expresión de estar diciendo: es él, efectivamente, desde luego. Algunos exclamaban que en su libro de historia venía esa misma foto. Se sentían en terreno conocido. Al principio, Damien se había decantado por una fotografía más íntima, en la que podía verse a su abuelo, tocado con un sombrero de paja, de tres cuartos, con un cigarrillo en los labios y la mirada recelosa y ribeteada de oscuro. Esa imagen le parecía más fiel al hombre que había conocido. Pero pocos eran aquellos a quienes no había alterado. La mayoría la examinaba guiñando los ojos, con una mueca dubitativa en la comisura de los labios, y se alejaba del velador sin atreverse a preguntar si era de verdad Axel North. Otros soltaban, chasqueados, como si acabasen de descubrir que llevaban muchos años engañándolos: «Anda, no sabía que fumase». Que eso molestase le había inspirado durante mucho tiempo a North cierto regocijo; al final había acabado por aburrirlo.

—¿Señor North?

El ángel regresaba de su inmersión en el limbo del servidor.

—No he localizado ninguna disfunción en el sistema, así que, *a priori*, esto no tiene que ver con nosotros. Va a haber que pensar en una visita a domicilio para comprobar la instalación: cableado, fibra óptica, enchufes, etc. Nuestro técnico lo llamará durante la mañana para quedar con usted. ¿Le parece bien?

North asintió, con prisa por acabar. Las diez y cuarto. Si hubiese prestado un oído más atento, habría podido intuir en la voz del ángel una sombra inhabitual, algo que se parecía al miedo.

Al salir del salón se detuvo un momento delante del espejo de gran tamaño que había encima de la chimenea, se puso al cuello una bufanda naranja (el único toque de fantasía de un atuendo muy poco animado por lo demás), se atusó el fino bigote pelirrojo y les echó un ojo a los avances de una calvicie a la que se podía ya tildar de incipiente. Se le cruzaron luego los ojos con su propia mirada y, encogiéndose de hombros, se alejó con paso brusco.

El caminito que llevaba al campus empezaba precisamente frente a su casa, del otro lado del bulevar Mauve. Salvando de una zancada el pretil, North aprovechó un intervalo de calma en la circulación para lanzarse al asfalto, mientras maldecía ese bulevar que lo separaba del campus, del centro histórico y de tantas otras cosas (no era inusual oír en boca de sus conciudadanos —en particular en la de los agentes inmobiliarios— alusiones a un «lado bueno» y un «lado malo» del bulevar Mauve. North vivía, por recurrir a la expresión con la que estaban encariñados sus vecinos, *del lado casi bueno*, en un barrio residencial tranquilo ya que no de alto copete).

Al llegar al otro lado, se metió por el camino que serpenteaba bajo los tilos centenarios del parque de Saint-Louis. La semana anterior, temprano, se había aventurado en el parque cubierto de nieve. Había mirado los árboles descarnados, la blancura intacta del suelo, las nubes bajas y grises, preñadas de nieve como una almohada rellena de plumón. Al fondo del parque, había alzado el vuelo una corneja sin hacer el menor ruido, entre un silencio denso, compacto, absoluto, el silencio de un sueño. Había en el aire el día aquel, pese al frío, algo tierno que incitaba a la espera. North se quedó inmóvil hasta que, al bajar la vista al suelo, se encontró, a sus pies, salido de la nada, un pato que iba anadeando hacia una meta desconocida. El cuello, que un anillo muy fino de plumas blancas aislaba del resto del cuerpo, ondulaba con sosegada regularidad. Ningún

temor, ninguna emoción en sus ojos fijos, abombados, casi invisibles. Las patas iban dejando en la nieve huellas que parecían flechas, flechas del revés, orientadas no en el sentido de la marcha, sino hacia el inicio de ésta. North, inmóvil, miró alejarse al animal, con el corazón oprimido como si pasase un monarca desterrado.

Hoy los patos habían abandonado los paseos del parque de Saint-Louis y los primeros *crocus* asomaban de la tierra fría. Se acercaba la primavera. Era algo que a North no le gustaba: «Una estación irónica», decía cuando lo conminaban para que justificase esa aversión tan opuesta al sentimiento colectivo.

—Damien.

—Hugo, buenos días. ¿Qué tal está?

Sentado en un banco y arrebuñado en una parka acolchada, amparando los ojos del sol de la mañana con la mano derecha, Hugo Grimm respondió con una inclinación de cabeza. Como estaba cruzado de piernas, un intersticio de carne lampiña y blanca asomaba entre el color antracita del pantalón y el morado del calcetín. La luz iluminaba con crudeza esa carne tanto más luminosa cuanto que surgía entre dos oscuridades. North se detuvo. Ya era demasiado tarde para seguir adelante con el impulso inicial. Hacerse el hombre afable, pero que lleva prisa, pasar como un vendaval sin dejar tras de sí más que una estela de tonicidad bondadosa —una impresión cuyo equivalente fuera, en el ámbito de los aromas, es el perfume del vetiver —, era algo que North nunca había sabido cómo se hacía. Grimm no le ponía las cosas fáciles, mirándolo fijamente sin decir nada, sentado en aquel banco. Brotaba de su persona, como de la mirada de algunos perros, algo así como una llamada muda que le impedía a uno pasar de largo con tranquilidad. North se había dado cuenta de esa fragilidad desde el primer momento: le parecía que su colega siempre estaba pidiendo algo que él era incapaz de darle y por eso

notaba, cuando estaba con él, una culpabilidad tan inconcreta como tenaz. Estaba también el recuerdo de una invitación a cenar en casa de los Grimm, cuando estaba recién instalado en L\*\*\*, de la que se zafó alegando un pretexto especioso, y que nunca se había repetido. Así que, siempre que se cruzaba con Grimm, North se sentía en la obligación de decirle algo.

—Oiga, Hugo, ¿tiene usted también ahora mismo problemas con Internet?

Grimm esbozó una mueca tan imprecisa y lejana que North no fue capaz de decidir si era fruto de su pregunta o de algún acontecimiento que acabase de suceder en el parque o de algún pensamiento sin relación alguna con las circunstancias. El sol de invierno le acentuaba la palidez de la cara, tanto que le daba una lividez sobrenatural. «Parece un vampiro», pensó North, mirando atentamente el cutis céreo, el pelo abundante y negro —tan negro que uno llegaba a dudar de que fuera ése su color auténtico—, los ojos caídos de vacuno. Un vampiro sexagenario y entrado en carnes.

—No más que de costumbre... quién no los tiene, ¿verdad?

Una risita recalcó la respuesta equívoca. Grimm se comportaba así con frecuencia, riéndose de cosas que sólo le parecían divertidas a él, disfrutando, al parecer, al complicar la conversación, de forma tal que la mayoría de sus colegas prefería evitarlo y alegar que era, según decían, «enrevesado» y «difícil de pillar». North, con la fraternal agudeza de los tímidos, tendía más bien a creer que Grimm tenía poca seguridad en sí mismo. Estaba, además, en una edad que no facilitaba las cosas, porque había llegado a esa etapa crítica en que, aunque no tenía ni mucho menos obligación de jubilarse, estaba en libertad de hacerlo si quería. Ahora bien, había muchos que deseaban que le entrase ese antojo: quienes no eran sino doctores y

le envidiaban la categoría de profesor; quienes aspiraban a sucederlo en su cargo de director del Departamento de Historia del Derecho; quienes apuntaban a su puesto en el Consejo de Administración de la facultad; quienes suspiraban por su despacho con vistas al patio central; quienes, sin codiciar ninguno de sus privilegios ni disfrutar más o menos de otros iguales, esperaban a que se fuera para colar reformas a las que él se había opuesto. De forma tal que se había gestado, entre unas cosas y otras, una de esas cábalas sordas en que tan experto es el mundillo universitario: iban empujando insidiosamente a Grimm hacia la salida. Ya no era el de antes, susurraban. ¿Qué tenía de particular que no se notase a gusto? Querían su sitio y lo sabía. North le brindó su sonrisa más amable.

—Me alegro, me alegro, porque yo no consigo conectarme...

Luego, tras una última ojeada a la pantorrilla al aire de Grimm, añadió, haciendo como que miraba el reloj:

—Tiene que disculparme, Hugo, pero no me queda más remedio que irme, es la hora de la tutoría, y ya sabe lo que es eso. ¡Que pase un buen día! ¡Hasta pronto!

Tres minutos después entraba en el recinto del campus. Al llegar al patio cubierto —un vestíbulo muy amplio todo él de curvas acristaladas—, le cortó el paso una cinta de plástico amarillo. Del otro lado, arrodillado en las baldosas, un hombre con un mono naranja tenía una paleta de albañil en la mano.

—Lo siento, caballero —dijo, alzando la cabeza hacia North—; reparación de las juntas de las baldosas. Si quiere cruzar al otro lado tendrá que pasar por arriba.

North se alejó moviendo la cabeza. Todas las semanas, o casi, había necesidad de una reparación de éstas. Los edificios parecían aquejados de decrepitud acelerada. Y eso que no eran tan viejos. Veinte años atrás, una antigua titulada de la facultad, Marina Blanche, tras ganar una

considerable fortuna con el éxito de alrededor de cien novelas rosa, falleció a los ochenta y tres años sin dejar herederos (pues la pasión que sentía por los protagonistas nacidos de su imaginación no tenía más parangón que el hondo desdén que sentía por los hombres de carne y hueso). Resultó que había legado todo su patrimonio a la universidad que le «dio el gusto por la buena literatura», a condición de que se crease una cátedra dedicada al estudio de la literatura popular amorosa. Así que esa universidad modesta y provinciana que parecía encarrilada hacia un ocaso irreversible tuvo una metamorfosis espectacular. Bajo la égida de un Rector dinámico, se llevaron a cabo importantes obras de modernización. De acuerdo con los principios en boga a la sazón en arquitectura, el edificio original, neoclásico del siglo xviii, quedó inserto en una armadura de cristal, aluminio y hormigón que, al tiempo que «respetaba el espíritu del lugar», permitió triplicar la superficie de los locales y adaptarlos a las exigencias de la tecnología más elaborada. Lo que sobró del fondo Blanche mantuvo a salvo la facultad, mediante depósitos atinados, de las tormentas que, en pocos años, diezmaron los centros especializados en la enseñanza de las ciencias humanas. Mientras que la mayoría, al carecer de estudiantes o de medios (las más veces de ambas cosas), tuvo que cerrar sus puertas, la facultad resistió por la fuerza de su presupuesto floreciente y de su campus atractivo, y, en menor medida, de su indiscutible preponderancia en el estudio de la literatura popular amorosa. La demostración más llamativa de esta insolente prosperidad era, sin lugar a dudas, la supervivencia de un Departamento de Filosofía, siendo así que en las demás universidades, de punta a cabo del país, habían desaparecido por completo. Y ahí era, a ese postrer bastión de una disciplina moribunda, adonde se encaminaba Damien North.

—¡Ya estoy aquí! ¡Lo siento! ¡Ya estoy aquí! —le voceó desde la mayor distancia posible a la silueta que veía perfilarse al fondo del pasillo delante de la puerta de su despacho.

Luego, añadió entre dos resuellos profundos:

—¡Un problema informático!

El pasillo, interminable, acababa en un ventanal. Por estar a contraluz, North no conseguía identificar a la persona que lo estaba esperando. Una mujer, si se guiaba por la silueta. Una estudiante, por la postura. Una mala pécora, a juzgar por el movimiento que esbozó al acercarse él: hizo como que miraba el reloj, lo que, harto probablemente, no pretendía tanto saber la hora exacta como hacerle notar que llegaba tarde. A North no lo sorprendió gran cosa reconocer por fin a Sophie Li, una alumna de primero a quien sus condiscípulos gustaban de tildar, con una mezcla de admiración y de terror, de *mala bestia*, en otras palabras una estudiante exigente, obsesiva y que sentía terror por el fracaso, una de esas personas inmaduras y ávidas que no dejan escapar nada, a no ser la felicidad. Aplicando a sus estudios una profesionalidad precoz, Sophie entregaba quince hojas cuando los demás se quedaban en tres; acudía con frecuencia al acabar las clases para hacer una pregunta cuya finalidad era que se entrevistara la extensión de sus conocimientos; hacía cuanto estaba en su mano, en resumidas cuentas, para distinguirse de la concurrencia. Que acudiera a la tutoría era lo lógico. A North lo sorprendía incluso que no se le hubiese ocurrido antes.

—Buenos días, Sophie —dijo sin excesivo entusiasmo, mientras se apresuraba a abrir la puerta del despacho.

Luego, cediéndole el paso, añadió:

—Pase, se lo ruego. Siéntese.

Por la persiana veneciana se filtraba la claridad imprescindible para que la habitación estuviera sumida en

una semipenumbra agradable, pero poco propicia para la pedagogía. North la subió. Al acabar dijo:

—Veamos, ¿qué la trae por aquí?

Sophie sacó del bolso una carpeta roja con una etiqueta en que había una  $\varphi$  de buen tamaño y de la que cogió unas cuantas hojas que le alargó sin decir palabra. Era el último ejercicio que North había devuelto a sus alumnos, el comentario de un fragmento de los *Ensayos* de Montaigne. Sophie había tenido una nota inusualmente mediocre. Con cara de ofendida, le espetó:

—En sus comentarios, ahí, debajo de la nota, hay una palabra que no consigo leer.

—Doxografía. Lo que pone es: «Su ejercicio peca de doxografía».

Lo más seguro era que Sophie hubiera podido leer la palabra en cuestión. North sospechaba que esperaba de él algo más, una explicación y quizá, incluso, una justificación. No iba a darle ese gusto; al menos, no de inmediato. Con las palmas de las manos apoyadas en el cristal del escritorio, se limitó a asentir con la cabeza, con expresión de decir: «Ahí lo tiene».

—¿Y qué quiere usted decir con eso?

—Ni más ni menos de lo que dice el diccionario.

Hizo una pausa y siguió luego, en tono más afable:

—Doxo-grafía: el hecho de escribir opiniones. La compilación más o menos minuciosa de las opiniones ajenas. Ha leído usted casi todos los libros de texto que hablan de Montaigne y me los pone en el comentario. No era ése el objetivo del ejercicio. Menciona el escepticismo, el humanismo, montones de palabras que acaban en *-ismo*, pero en realidad no habla del texto que le pedí que comentara. Habría preferido que comentara... qué sé yo... la imagen del *suave y mullido cabecero de la incuriosidad*, por ejemplo. Se pueden sacar cosas de esa comparación con una almohada. ¿Qué nos dice en lo referido a la

pereza? ¿Al descanso? ¿Al sueño? ¿Entiende lo que espero de usted? Es más difícil, claro, más arriesgado, pero también más gratificante, para usted y también para la persona que la lee... Porque esto suyo, a fuerza de refugiarse a la sombra de los demás, no aporta mucha luz que digamos... ¿Me va siguiendo?

Sophie lo miraba impertérrita. Molesto, apartó la vista y se fijó en que la persiana, que había subido hasta media ventana, no colgaba de forma horizontal, sino que estaba algo más caída a la derecha, con lo que tenía la forma de la cuchilla de una guillotina. Volvió a lo que estaba diciendo, que convenía rematar con una nota de optimismo:

—La finalidad de este tipo de ejercicios es enseñarle a desarrollar su singularidad, a ir más allá de la opinión recibida, de la *doxa*. Pero es algo que ya llegará, tranquila. No me preocupa usted lo más mínimo. Tiene grandes capacidades.

Se le volvieron a ir los ojos hacia la persiana, cuyo desnivel lo irritaba porque le parecía personificar a la vez su propia torpeza y la solapada maldad de las cosas. ¿Intuyó Sophie ese nerviosismo? El caso es que volvió a la carga:

—Pero, al tiempo, no hay nada *que no sea cierto* en lo que he escrito...

Era verdad. Por un instante, North tuvo dudas acerca de su severidad. A lo mejor debería haberse mostrado más indulgente. A lo mejor esperaba demasiado de sus alumnos. A lo mejor sólo había castigado a Sophie porque le era antipática. Mientras se planteaba esas reflexiones, se colocó sin darse cuenta las manos delante de la boca, con las palmas juntas, esbozando el gesto de un hombre entregado a la oración. Sophie Li, cuyo padre era uno de los promotores más ardorosos de la psicología del comportamiento, había oído decir con frecuencia que una persona que se oculta la boca con las manos está en